

TURISMO, CIFRAS, REALIDADES

COMO se sabe, la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico —O. C. D. E.— actúa con perfecto conocimiento de las realidades, progresos y declives de los pueblos de Europa, salvo los insertos en la órbita del comunismo. Sus estudios e informes se hallan avalados por unas estadísticas irrefragables que confeccionan técnicos especializados, a base de los datos de todos los países. Los informes son primordialmente económicos, pero, como es lógico, revisten un interesante dictamen político. El desenvolvimiento de cada nación se ha de someter a nexos indivisibles, de orden diverso, pero que se unifican: la economía y la política, esencialmente. Ello significa que se conjugan múltiples factores y se coordinan diferentes elementos. Existe ahora una partida que no se puede olvidar, que presenta explicable prioridad: el turismo. Su influencia en uno de los aspectos primordiales de la Organización aludida, es bien notoria. La aportación, en divisas, que lleva consigo la presencia de viajeros de distinta procedencia, significa un hecho decisivo.

Uno de los últimos informes del citado organismo internacional, se refiere concretamente al turismo. La conclusión tiene singular importancia, porque revela que, excepto Inglaterra, las demás naciones miembros han experimentado mejoras en el saldo de su balanza turística. La Gran Bretaña, únicamente, acusa retroceso. Y se subraya, de modo especial, una sensacional subida: la de España. Los ingresos procedentes del turismo representaron en 1961 la cifra de 314 millones de dólares. En 1962, el beneficio por el mismo concepto ascendió a 469. El año pasado, fueron 679 los que produjo el movimiento turístico. Se calcula, con datos absolutamente fidedignos, que en el año actual se alcanzarán los mil millones. Es natural que el dólar sea, en relación con esta actividad, como lo es respecto de otras muchas, la moneda reguladora.

Quiere decirse que en tres años se ha llegado a triplicar la provechosa aportación que el turismo decide. Sesenta mil millones de pesetas son, de modo indiscutible, una espectacular, extraordinaria contribución a los ingresos nacionales. Y téngase en cuenta que no hay la menor exageración optimista, puesto que en los cuatro primeros meses de 1964, las divisas que se han logrado a virtud de la presencia de contingentes de viajeros exóticos, arrojan la cantidad de doscientos nueve millones y medio de dólares, frente a ciento cuarenta y cuatro millones seiscientos mil, en igual período de 1963. Este incremento significa un cuarenta y cinco por ciento más. Las cifras atestiguan, elocuentemente, la progresión. No se trata de arbitrios dialécticos, ni se juega con argumentos de tipo propagandístico, sino que se exhiben realidades irrefutables. Menos en España, en todos los restantes países de tradición turística, se registra descenso, si se compara lo que se obtuvo en el indicado capítulo en 1963 y lo que fueron los ingresos en 1962. La deducción es clara, de absoluta evidencia: lo que en nuestro país representó una decisiva trayectoria de crecimiento, hubo de conseguirse a costa de la disminución en otras naciones de Europa. He aquí uno de los motivos —no se puede emplear el término «razones»— de las constantes, incrementadas ofensivas contra España.

En lo que hay una indudable razón, en cambio, es en la diferencia incuestionable que puede apreciarse en las distintas circunstancias. España presenta, ante el mundo, el fenómeno de su evolución, de sus rutas progresivas en la atracción de los que se movilizan. ¿A qué se debe, fundamentalmente? La explicación no puede ser más sencilla. Con la belleza de los paisajes y las ciudades, se brinda a los visitantes un ambiente. La paz, el orden, la seguridad, hay que considerarlos factores sustanciales. El que viaja y recorre lugares que le atraen, apetece, de manera preferente, la tranquilidad. Se ha dicho muchas veces, con plena justificación, que el turismo es hipersensible y se retrae en cuanto siente el temor de perturbaciones, de aquello que puede reducir su natural aspiración de pasarlo bien. Pero hay más: los precios. La propia O. C. D. E. lo ha consignado en sus informes. España está hoy a la cabeza de los países de menor carestía. Incluso en sitios y zonas que tienen fama de caros, como la Costa Brava, la del Sol, las grandes urbes, como Madrid y Barcelona, el viajero encuentra precios asequibles, muy por debajo de los que se ve obligado a satisfacer en otras partes. Es posible que el español sufra las consecuencias de un sucesivo encarecimiento, sin la simultánea compensación de ver aumentada su capacidad adquisitiva. Para el que viene de fuera, con la moneda de su país, no cabe duda que existen ventajas que constituyen un incentivo importante. Con los del clima, el moral y el atmosférico, y las atracciones incomparables que aquí encuentran.

Pero no es mi propósito insistir en los motivos. Suficientemente conocidos son. Me importa hoy, simplemente, señalar la realidad indicativa, que refleja un progreso que es testimonio de una rápida marcha hacia emplazamientos de primacía en cuanto al turismo. Y no es elemento de juicio subjetivo que nosotros presentemos a la consideración ajena, con ánimo de influir en los que puedan venir a España. Es la información veraz, solvente, incontestable de la O. C. D. E. la que inspira estas glosas, que sólo tratan de ser una valoración imparcial, examen desprovisto de apasionamiento y de política influencia, de los hechos que tan reiteradamente se vienen produciendo.

FRANCISCO CASARES

